

# MANIFIESTO SOCIALISTA



POR UNA  
POLÍTICA  
RADICAL  
PARA UN MUNDO  
QUE SE VOLVIÓ  
INVIVIBLE

BHASKAR  
SUNKARA



# Índice

|  |           |
|--|-----------|
| <b>Presentación. Una lectura desenfadada de la tradición para un programa político radical</b>   | <b>9</b>  |
| <i>Horacio Tarcus</i>  |           |
| <i>Pablo Stefanoni</i>   |           |
| <b>Prólogo</b>   | <b>17</b> |
| <b>1. Un día en la vida de un ciudadano socialista</b>   | <b>19</b> |
| El capitalismo desnudo de los Estados Unidos <i>versus</i> la socialdemocracia sueca. Un ejercicio de imaginación política para dar un paso más allá, hacia un socialismo radical. No se trata de canjear la libertad por la igualdad, sino de preguntar “¿libertad para quiénes?”                           |           |
| <b>Parte I</b>   |           |
| <b>2. Sepultureros</b>   | <b>49</b> |
| Del feudalismo al capitalismo. La Revolución Industrial en Inglaterra. La doble vida de Engels en Mánchester. El encuentro con Marx en París. Del <i>Manifiesto Comunista</i> a <i>El capital</i> . Las revoluciones de 1848 y la Comuna de París. ¿Serán los trabajadores los sepultureros del capitalismo? |           |
| <b>3. El futuro que perdimos</b>   | <b>67</b> |
| La Segunda Internacional y la formación de los partidos obreros de masas en Europa a fines del siglo XIX. El Partido Socialdemócrata Alemán. Las tensiones entre reforma o revolución. Kautsky, Bernstein, Ebert, Luxemburgo. La Primera Guerra  |           |

Mundial y el fracaso de la socialdemocracia de la República de Weimar

- 4. Los pocos que ganaron** **97**  
La Revolución de 1905 en Rusia: el gran ensayo general que da origen a los sóviets. De febrero a octubre de 1917: los bolcheviques toman el poder pero no tienen claro cómo ejercerlo. La Gran Guerra y los años de guerra civil y hambruna. Lenin, Trotski, Stalin: de la revolución al colectivismo autoritario. El socialismo democrático que no fue
- 5. El dios que fracasó** **121**  
La socialdemocracia sueca entre la segunda posguerra y fines de los setenta: Estado de bienestar universal, pleno empleo y sindicatos centralizados. Olof Palme. François Mitterrand. Por qué el experimento terminó por derrumbarse. La tercera vía en los ochenta: entre la ortodoxia y las tibias reformas redistributivas
- 6. La revolución del Tercer Mundo** **145**  
¿Dónde buscar los sujetos revolucionarios si no hay proletariado industrial? El socialismo como un camino hacia el desarrollo. La modernización “desde arriba”, dirigida por burocracias autoritarias. El Partido Comunista Chino. Mao y la Revolución Cultural. La Gran Hambruna. Del “Florecerán cien flores” al terror desde abajo. Nicaragua y Chile: los caminos democráticos al socialismo. Cuba: la revolución desde arriba más exitosa, pero sin democracia
- 7. El socialismo y los Estados Unidos** **177**  
La agitación obrera, la fundación del Partido de los Trabajadores en 1876 y las grandes huelgas. La represión violenta y el terror estatal y privado. 1901: Eugene Debs y el Partido Socialista de América. Primera Guerra Mundial, activismo antibélico del partido y represión gubernamental. Los primeros años del comunismo. Las posiciones ante el New Deal y la agenda reformista del Partido Demócrata.

El comunismo antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Macartismo. El socialismo democrático en los años sesenta. La lucha por los derechos civiles. La nueva izquierda y el activismo de los estudiantes radicalizados

## Parte II

|  |            |
|--|------------|
| <b>8. El regreso del que manda</b>   | <b>209</b> |
| <p>Los años ochenta y noventa y el fin de la historia. Retroceso de la socialdemocracia y neoliberalismo emergente. La crisis financiera de 2008. La economía de plataformas. ¿Qué horizonte tienen los jóvenes desempleados y endeudados? Obama y la esperanza (frustrada) de un nuevo New Deal. Las protestas de Occupy contra la desigualdad: “Somos el 99%”. Black Lives Matter. Derechización del Partido Republicano y erosión del Partido Demócrata. Bernie Sanders. El laborismo inglés, de la segunda posguerra a Jeremy Corbyn. ¿La derecha populista capitaliza mejor que la izquierda la indignación social?</p> |            |
| <b>9. Cómo podemos ganar</b>   | <b>235</b> |
| <p>Por una socialdemocracia clasista con políticas de redistribución como vía al socialismo democrático. La importancia de la organización: partidos y sindicatos con bases obreras que puedan agrupar en un movimiento las resistencias dispersas. Una hoja de ruta para construir una alternativa democrática al capitalismo neoliberal</p>  |            |
| <b>10. No dejes de volar</b>   | <b>259</b> |
| <b>Agradecimientos</b>   | <b>265</b> |
| <b>Epílogo a la nueva edición</b>  | <b>267</b> |

# Presentación

## Una lectura desenfadada de la tradición para un programa político radical

Horacio Tarcus\*

Pablo Stefanoni\*\*

Bhaskar Sunkara nació en 1989, año en el que no solamente cayó el denominado “socialismo real” sino que, para el historiador británico Eric Hobsbawm, concluyó el siglo XX. Tal vez eso explique, en parte, el tipo de libro que los lectores tienen en sus manos. Libre de jerga academicista pero ajeno a una lógica antiintelectual, el propio título, que busca inscribirlo en un género ampliamente transitado por la izquierda –el de los manifiestos–, da cuenta de su objetivo principal: “contarles” a las nuevas generaciones qué fue el socialismo y, a partir de ello, trazar un camino para recuperar aspectos de la tradición socialista que permitan refundar el proyecto de modo creíble, factible y, al mismo tiempo, deseable.

La obra se abre con un capítulo en el que el autor, partiendo de su propia experiencia laboral y vital, la de sus vecinos y la de sus amigos, explica a un *millennial*, o quizá más precisamente a un *centennial*, los inconvenientes de la vida bajo el capitalismo y las ventajas del socialismo. Imagina incluso un escenario donde la estrella de rock Bruce Springsteen llega a la presidencia de los Estados Unidos al frente de un movimiento populista de izquierda.

Aunque con el correr de los capítulos la obra se vuelve más impersonal, hay en la escritura una marca generacional (e incluso momentos de honestidad brutal acerca del inventario que nos dejaron las viejas generaciones de socialistas). Esta sensibilidad resulta visible en las imágenes culturales que moviliza y en una forma de “contar” esa tradición que evita separar a los buenos de los malos, a los consecuentes de los renegados, a los moderados de los radicales, a partir de juzgamientos morales propios de las virulentas estrategias polémicas de antaño. Si hoy nadie

\* Doctor en Historia por la Universidad de La Plata. Investigador y director del CeDInCI.

\*\* Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Periodista, jefe de redacción de *Nueva Sociedad*.

puede creer que el viento de la historia sopla en sus velas, la frontera misma entre izquierdas revolucionarias y reformistas está lejos de ser infranqueable; así como Mayo de 1968 había erosionado la que separaba a los socialistas científicos de los utópicos (poniendo de manifiesto que buena parte de los anhelos de emancipación humana suspendidos o relegados por los primeros obligaba a volver sobre los remotos “utópicos”), el libro de Sunkara viene a mostrar cómo los proyectos revolucionarios ensayaron formas de lo más diversas de relación con el mercado, así como los reformismos experimentaron dentro del capitalismo variadas formas de planificación y control.

En este sentido, Sunkara busca capturar y articular de otro modo las tensiones entre reforma y revolución en un mundo en el que, sin perspectivas de revolución en el horizonte y con el reformismo social debilitado, ese clivaje resulta en gran medida fútil y a menudo sostenido más en identidades rígidas heredadas del pasado que en las dinámicas concretas de la lucha política contemporánea. El autor propone una serie de balances para explicar de modo persuasivo por qué fracasaron las revoluciones comunistas y por qué se empantanaron los proyectos reformistas. Ofrece una serie de frescos históricos de largo alcance sobre el accidentado proceso soviético, los altibajos de la socialdemocracia europea y los avatares de la Revolución China, narrados con desenfado pero apoyados en una literatura académica sólida y actualizada. Por momentos, el megarrelato histórico se suspende para poner el foco en algunos de sus grandes protagonistas: Karl Marx y Eduard Bernstein, Karl Kautsky y Lenin, Rosa Luxemburgo y Ramsay MacDonald, León Trotski y León Blum, Olof Palme y Mao Tse-tung.

Sunkara se niega a naturalizar la contraposición irreductible entre socialismo y comunismo, esforzándose en historizar la gran escisión de los años 1914-1917. Ni el reformismo socialdemócrata ni el comunismo revolucionario cumplieron por sí solos sus programas sociales. En ese sentido, la apuesta que atraviesa el libro por una suerte de “socialdemocracia revolucionaria” puede plantear interrogantes sobre su factibilidad –por qué el reformismo revolucionario debería funcionar hoy si no lo hizo en el pasado– pero sin duda habilita una forma novedosa de pensar la política radical. En efecto, poner a Lenin junto a Palme en un mismo panteón crítico es una muestra de desenfado generacional. Y peinar a contrapelo la historia del movimiento socialista, poniendo en evidencia sus fracasos y sus persistentes tradiciones autoritarias, para un proyecto programático con retazos del pasado releídos a la luz del presente, constituye una estrategia en sí misma renovadora. Estamos ante

un balance poco convencional, una suerte de New Deal del socialismo, una propuesta de barajar y dar de nuevo pero con la convicción explícita de que “la historia importa”. Una invitación que permite reponer una serie de acontecimientos que parecían remotos respecto de nuestro presente, que hace subir a escena personajes ajenos a la sensibilidad de las nuevas generaciones, para las cuales Stalin suele ser a lo sumo una lejana pesadilla, Trotski el personaje de una novela del cubano Leonardo Padura, Mao una colorida serigrafía de Andy Warhol. Otros personajes que transitan el libro son figuras olvidadas de la cultura de izquierdas, o simplemente ilustres desconocidos, como el socialista ruso Julius Mártoov o el socialdemócrata alemán Karl Kautsky. Desde que Trotski envió a los mencheviques al “basurero de la historia” y Lenin etiquetó a Kautsky con el apelativo de “renegado”, sus textos posteriores a 1917 han dejado de convertirse en objeto de polémica o siquiera de lectura en las propias izquierdas. Sunkara los resitúa en las tensiones del drama histórico, evitando las descalificaciones morales.

\* \* \*

Pero, a la vez, el *Manifiesto Socialista* es un libro situado, tanto temporal como geográficamente. Es producto de la politización de una nueva camada de jóvenes en los Estados Unidos, para quienes la palabra “socialismo” se emancipó de sus connotaciones negativas de la Guerra Fría, cuando esa autoidentificación equivalía casi a ser considerado agente extranjero. El clima de época del libro es el de la emergencia del senador Bernie Sanders como exponente de una corriente “socialista democrática” que, alejada del testimonialismo de antaño, disputó en dos ocasiones, 2016 y 2020, la candidatura presidencial del Partido Demócrata, lo hizo girar a la izquierda y llevó al Congreso al “escuadrón” liderado por la joven parlamentaria Alexandria Ocasio-Cortez.

Al mismo tiempo, del otro lado del Atlántico, el veterano socialista Jeremy Corbyn llegaba al liderazgo del Partido Laborista aupado por jóvenes entusiastas que sacaron al partido de la “tercera vía” y recuperaron algunas de sus banderas históricas. Hasta tal punto el libro responde a este clima que la derrota de Sanders a manos de Joe Biden por la nominación demócrata y la de Corbyn en las elecciones generales frente a Boris Johnson obligaron a Sunkara a escribir un epílogo a esta nueva edición, en el que modula el optimismo aunque sin renunciar al proyecto de fondo. No deja de ser cierto que, incluso cargando con esas derrotas, ambos referentes dejaron en pie corrientes de izquierdas más fuertes y

con capacidad de interlocución con públicos amplios. Sobre todo, dejaron algunos hitos en la batalla de las ideas. Este libro, ampliamente leído en el mundo anglosajón y traducido a varias lenguas, es uno de ellos.

Otro es el desarrollo de la experiencia de la revista *Jacobin*. Apenas veinteañero, Sunkara fundó *Jacobin* a fines de 2010, con una ambición que provenía de su adolescencia: instalar el socialismo en el centro del debate político nacional. La iniciativa no carecía de audacia: los Estados Unidos cuentan con una larga tradición de revistas socialistas, como *Monthly Review* o *Dissent*, para mencionar solo dos en un paisaje político-cultural densamente revisteril, a las cuales podríamos sumarles la histórica *New Left Review* del otro lado del Atlántico. La apuesta de contenido fue recuperar una perspectiva de clase frente al auge de las políticas de la identidad, apelando a un cierto universalismo y a los valores de la Ilustración pasados por el tamiz de una crítica radical que le permitió inscribirse en una tradición de pensamiento sin dejar de evidenciar sus aporías.

No casualmente, el logo de *Jacobin* es un jacobino negro de la Revolución Haitiana, el “hecho maldito” de la Francia revolucionaria que dejó en evidencia que la “igualdad, libertad y fraternidad” valían para la metrópolis pero no para las colonias. Con una estética innovadora, la revista logró ser tomada en serio por comentaristas políticos *liberal* e incluso conservadores, evitando el aislamiento o la guetización de este tipo de proyectos radicales. La irrupción de Sanders y el crecimiento de los Socialistas Democráticos de los Estados Unidos (DSA, por sus iniciales en inglés) la colocaron en un lugar inimaginable en el momento de su fundación.

Sin duda, la tradición socialista a escala global se encuentra debilitada –tanto por el fracaso del “socialismo real” como por el abandono socialdemócrata del reformismo social, para no hablar de los propios cambios en el capitalismo global y en la estructura de clases– y ningún libro va a resolver por sí solo los problemas de renovación teórica que enfrenta. Ni podría hacerlo por fuera de la experiencia viva de las luchas políticas y sociales. Los Estados Unidos mismos carecen, como apunta Sunkara, de toda una serie de condiciones que facilitaron la expansión del socialismo en Europa y por eso la emergencia de Sanders constituyó una suerte de atajo para conseguir un auditorio de masas. No obstante, la reconexión del socialismo con un proyecto democrático radical y la defensa de las conquistas de los Estados de bienestar en medio de la precarización actual son ya una buena noticia en un paisaje ideológico de izquierda a menudo desolado. Si, además, se trata de proyectar esos derechos socia-

les en un programa igualitario de más amplio alcance, la buena nueva es aún más apreciable.

Esto vuelve al *Manifiesto Socialista* una obra que puede ser leída con provecho por un progresismo latinoamericano que dejó atrás su *momentum* del “giro a la izquierda” continental y parece haber quedado sin una brújula para navegar en las convulsionadas aguas del mundo actual, cuando tiene pendiente además una reevaluación crítica de ese período pleno de claroscuros en sus diversas dimensiones.

Quizás uno de los grandes méritos del libro que hoy presentamos a los lectores de habla hispana es que escapa a las imágenes catastróficas que gran parte de las izquierdas proyectan sobre el presente: si estamos mejor que en el pasado en muchos aspectos de nuestras vidas –y Sunkara afirma que sí–, es en gran medida gracias a militantes socialistas y movimientos de trabajadores que en el curso de la historia lucharon para que la vida sea más vivible. En este sentido, hay muchas cosas para discutir de este libro, entre ellas tanto las presencias como las ausencias que pueden advertirse. Pero ahí reside sin duda su interés: en que invita, otra vez, a revisitar críticamente y sin solemnidades el socialismo como una de las grandes ideas emancipatorias de la humanidad en tiempos de incertidumbre sobre la propia supervivencia del planeta.

## Prólogo

Es evidente que las cosas están cambiando. En mis años de secundaria, si decía que era socialista, me miraban como a un loco. Hoy, cuando digo que soy socialista, la gente se limita a asentir y sigue con lo suyo: nadie insinúa siquiera el mínimo rechazo.

En gran medida, descubrí el socialismo por casualidad. Mis padres emigraron hacia los Estados Unidos desde Trinidad y Tobago con sus cuatro hijos poco antes de mi nacimiento. Mi madre trabajaba de noche como vendedora telefónica y mucho después mi padre, un profesional desclasado, llegó a ser empleado público de la ciudad de Nueva York.

Después de vivir a los saltos algún tiempo, lograron alquilar vivienda en un suburbio donde el sistema escolar era bueno. Aunque no nadábamos en la abundancia, yo tenía lo suficiente: una casa decente, una gran educación, canchas de básquet y una biblioteca pública donde pasé gran parte de mi adolescencia. Mi vida era mucho más confortable que el mundo en que habían nacido mis padres, e incluso que el de mis hermanos mayores. Me quedaba claro por qué: sin lugar a dudas, por los incansables esfuerzos de mi familia, pero más aún por mi entorno cotidiano. Y ese entorno no habría sido posible sin el Estado.

En los Estados Unidos tenemos una democracia social, pero es decididamente excluyente y la financian impuestos regresivos a la propiedad (en el caso de mis padres, alquilar era en cierto modo una buena escapatoria: quedaban exentos). Aun a los 13 años, yo notaba que tener acceso a bienes públicos de calidad marcaba una diferencia, y me consideraba un *liberal* comprometido, en el mejor sentido estadounidense de la palabra.

Mi giro hacia el socialismo tal vez haya sido orgánico, pero, desde luego, no fue un despertar. Como más de un chico de clase media antes que yo, me encontré con el radicalismo gracias a los libros. Mi biblioteca local tenía montones de literatura socialista, en su mayor parte donada por “nacidos en cuna roja”<sup>1</sup> y asociaciones culturales judías. Por azar, un

1 *Red diaper babies* en el original: en la época del *baby boom*, hijos de padres afiliados al Partido Comunista de los Estados Unidos o simpatizantes de este. [N. de T.]

verano, después de terminar séptimo grado, tomé *Mi vida* de León Trotski, que no me gustó particularmente (sigue sin gustarme), pero me intrigó lo suficiente para seguir con las biografías de Trotski escritas por Isaac Deutscher, las obras de pensadores socialistas democráticos, entre ellos Michael Harrington y Ralph Miliband (y, con el tiempo, el mismísimo y misterioso Karl Marx).

Oigo a algunas personas decir que son de corazón socialista pero, a causa del pragmatismo que se adquiere con el tiempo, de mente *liberal* moderada. Yo podría haber sido lo contrario. Notaba la importancia de las reformas cotidianas y me beneficiaba con esas victorias; sin embargo, tenía el marxismo en la cabeza. Los atentados contra las Torres Gemelas y la posterior “guerra contra el terror” no hicieron más que fortalecer esas tendencias: como sucedió con muchas personas de mi generación, el movimiento antiguerra fue mi puerta de entrada a las protestas masivas.

El marxismo daba un marco de referencia para entender por qué las reformas obtenidas bajo el capitalismo eran tan difíciles de sostener y por qué había tanto padecimiento en sociedades donde primaba la abundancia. Con el tiempo, logré que mi corazón socialdemócrata y mi todavía incipiente razón marxista se combinaran en la política a la que hoy en día adhiero: un radicalismo que es consciente de la dificultad del cambio revolucionario y, al mismo tiempo, de lo profundas que pueden ser las ganancias de la reforma.

Lo que sigue es un libro que habría querido escribir a mis 68 años. Lo escribo con cuarenta años de anticipación, y quizá algún día quiera revisar gran parte de su contenido. Sin embargo, estoy seguro de que vivimos en un mundo marcado por una extrema desigualdad y un dolor y un sufrimiento innecesarios, también de que puede construirse uno mejor. Esa convicción no cambiará, a menos que el mundo lo haga, es decir, a menos que seamos capaces de cambiarlo.

Nuestra política actual no da ni el menor atisbo de aportar algo que pueda llamarse “futuro”. Según parece, la elección que se nos presenta es entre, por un lado, un neoliberalismo tecnocrático que adopta la retórica de la inclusión social pero no la igualdad y, por otro, un populismo de derecha que canaliza la ira en las peores direcciones. Ser socialista hoy es creer que más –y no menos– democracia contribuirá a resolver los males sociales, y creer en la capacidad de la gente común de dar forma a los sistemas que dan forma a su vida.